

# Zenobia

Una de las grandes emociones de nuestra temprana infancia, era la de recibir, mi hermano y yo, una invitación para tomar el té, *los dos solos*, en casa de Juan Ramón Jiménez y Zenobia. La primera vez que fuimos, Juan Ramón mismo nos abrió la puerta. Nos atemorizaron su traje negro y sus grandes ojos negros que nos miraban, graves. Pero al entrar en el recibidor, vimos un burro de cartón, muy grande, con alforjas rojas. «¿Es Platero?», le preguntamos, y él asintió, sonriendo. Desde ese momento, le perdimos el miedo a Juan Ramón. Pasamos al comedor. Zenobia nos había preparado una espléndida merienda, y nos ofrecía pastelitos, con su sonrisa abierta. Juan Ramón hablaba con nosotros como si fuéramos personas mayores, nos hacía preguntas y escuchaba atentamente cada respuesta. Pasamos a la terraza, llena de flores plantadas por Zenobia. Nosotros dos nos envalentonamos y empezamos a hacer preguntas. Juan Ramón contestaba seriamente, cada vez más cerca de nosotros. Y nos marchamos a casa encantados, sintiendo que habíamos crecido en nuestra propia estima.

Y es que Juan Ramón y Zenobia no tenían niños. Y como los querían tanto, procuraron rodearse de ellos a lo largo de sus vidas.

Cuando se conocieron, no podían ser más distintos el uno del otro. Juan Ramón representa, en palabras de su maestro Rubén Darío, «la tristeza andaluza. Ha sufrido estados depresivos, que le sumen en los estados más fatídicos, teniendo a veces la sensación de que le rezan almas que se van», escribe, recordándolo; «y veo cuerpos sin cabeza y grandes arañas peludas»<sup>1</sup>. Poeta por la gracia de Dios, no vive más que para su poesía, trabajando en ella, día tras día, desde las cinco de la mañana, corrigiendo, desechando, rompiendo papeles hasta dar, a fuerza de esfuerzo, con la palabra precisa. Zenobia es alegre, llena de vida, volcada hacia los demás. Su padre fue un ingeniero español, Fernando Camprubí; su madre, Isabel Aymar, una puertorriqueña, con familia en Estados Unidos. Zenobia, que vivió con un pie en cada continente, es bilingüe desde niña. Juan Ramón la conoció en Madrid, en la Residencia de Estudiantes. Él tenía 31 años,

<sup>1</sup> Ricardo Gullón, «Discurso de entrada en la Academia», 1990, pág. 29.

ella 25. Ya era él poeta conocido y admirado. Se le declaró a Zenobia a las dos horas de estar hablando con ella. Sigue, en los dos años próximos, una correspondencia entre los dos, admirablemente editada por Ricardo Gullón<sup>2</sup>. En ella nos basamos para entender cómo es que se casan estos dos seres tan diferentes.

Entre las imágenes de Zenobia que quisiera ahuyentar, están la de mujer sufrida, la de mujer sombra del poeta, y la de mujer práctica, que sólo mira a su negocio. Recordemos que Zenobia, desde niña, escribe cuentos para una revista americana titulada *Saint Nicholas Illustrated Magazine for Boys and Girls*. A los dieciséis años, uno de sus cuentos gana una insignia de oro. Y sigue colaborando en otras revistas americanas, por su propio gusto, pero también deseosa de ganar dinero para así ser independiente. (A los doce años, nos dice en su diario, ganó su primer dólar). Escribe en inglés y también en español. Su capacidad lírica es patente en el poema que citamos ahora<sup>3</sup>:

Con los pies desnudos  
y el cabello suelto  
oía la música  
en mi pensamiento.  
Sentía la música  
latiéndome dentro.  
Y también latía  
mi corazón muerto.

Lo más sorprendente de las cartas entre Zenobia y Juan Ramón es que en las de ella se revela una fuerte personalidad, que no se doblega ante la de su novio, que no se deja deslumbrar por el proverbial encanto juanramoniano. Zenobia había dicho que no se casaría nunca con un español, «por detestar el papel subalterno de la mujer española» (hay que aclarar, de entonces). Así, el Don Juan melancólico que había sido hasta entonces Juan Ramón, al tratar de conquistar a «la americanita», se encuentra con una fortaleza; la hermosa y, a la vez, clarividente Zenobia. Ella, entre coqueta y burlona, le llama el hermano «lunático». Cuando él declara que «la muerte le parecería dulce si de ella dependiera la felicidad», esta frase de melodrama hace reír a la alegre muchacha. Es más, ella se propone cambiarle. «¿Por qué está usted siempre con esa cara de alma en pena?», le amonesta. Y después de llamarle «ciprés», le dice: «¡Póngase a escribir seguidillas, vístase de torero y plántese usted en la calle de la Sierpe a echarle piropos a todas las inglesas feas!». Él le reprocha su sociabilidad, y lo que llama su «frivolidad». Ella, se defiende valientemente, decidida a no perder su personalidad, y replica: «Yo no creo que haya nada en el mundo que no pueda empezar con una taza de té» (36). Y añade: «Yo quisiera alegrarlo a usted, porque esa antipatía que tiene contra todo lo que

<sup>2</sup> Ricardo Gullón, *Juan Ramón Jiménez, Zenobia Camprubí, Poemas y cantos de amor*, Santiander, 1986.

<sup>3</sup> Poema n.º 3 de *Poemas y cartas*. Gullón dice poco de la prehistoria de Zenobia (pág. 115).

llama "frivolidades", no es más que el resultado de su ensimismamiento». Y señala cómo «nuestro aislamiento siempre nos hace creer que somos superiores» (31).

No se limita Zenobia a una crítica de Juan Ramón, persona. Cuando éste le da a leer su reciente libro *Laberinto* (1913), he aquí cómo reacciona la «gitanilla rubia», como la llama su novio: «Anoche leí su *Laberinto*. Lo leí porque lo había escrito usted, que si no, no hubiera "aguantado" hasta el final. Si llego yo a saber que estaba usted en la Castellana (donde él va, con la esperanza de verla) seguramente sale el libro volando por la ventana» (37). Y cuando él trata de hacerla cambiar de personalidad, ella comenta: «Voy a ser un modelo de virtudes cuando concluyamos de modelarme» (6).

Pero poco a poco las diferencias se van limando y son reemplazadas por lo que Zenobia llamará «esa especie de fuerza del corazón que nos levanta a los dos para someternos en un mundo nuestro». En 1915, Zenobia se va a Nueva York, con su familia. Juan Ramón la seguirá al año siguiente. Allí se casarán en 1916. Y comienza una vida en común de, como dice Juan Ramón<sup>4</sup>: «Amor y poesía/ cada día». Zenobia asumió su papel de esposa del poeta, plenamente enamorada pero sin perder su lucidez. Al casarse, aunque fuera con un español, ella no se veía en la necesidad de aceptar un papel subalterno. Puesto que su esposo era un grandísimo poeta, pero nada más que poeta, alguien tenía que atender a las demás necesidades de la casa y de la vida. Ella, que había pensado en ser una escritora, totalmente enjuanrramonizada en cuanto a su admiración por la obra de su esposo, decidió que «el único motivo de mi vida había de ser dedicarme a facilitar la (vocación poética) de Juan Ramón Jiménez»<sup>5</sup>. Pero Zenobia, si bien renuncia a escribir, es por convencimiento propio de la superioridad de Juan Ramón, tan desvalido ante los aspectos prácticos de la vida. Ella podrá desarrollar sus instintos de mujer emprendedora e independiente, convirtiéndose así en la gustosa proveedora del hogar. Al crear para los dos una situación desahogada, Zenobia está siendo ella misma y Juan Ramón puede realizar su obra sin preocupación económica alguna. Pasemos una rápida mirada sobre la vida de Zenobia en Madrid, en los primeros veinte años de su vida de casada. La vida es un torbellino de actividad. Alquila pisos vacíos, para realquilarlos, exquisitamente amueblados por ella. Se ocupa de los asuntos editoriales de su marido. Y, sobre todo, pone en el mapa de Madrid al arte popular español, creando una preciosa tienda de artesanía, donde se venden muebles, vidrios, cerámica, cobres, cuero repujado, cestería y toda clase de bordados y tejidos, resucitando así muchas de las artes manuales que estaban en desuso. Entre sus actividades sociales destaca la de contarse entre las fundadoras del Lyceum Club de

<sup>4</sup> Juan Ramón Jiménez, *Diario de un poeta recién casado*.

<sup>5</sup> La Torre, *pág. 130*.

Madrid, (el primer club femenino de España) y ser la presidenta de su Comité Internacional.

¿Sombra del poeta? Más bien, su musa de carne y hueso (como la llama Ricardo Gullón), que se sabe ganar el pan de los dos. Y además es la mujer inseparable y adorada de Juan Ramón, el más afortunado de los «mantenidos», que responde a su afanosa mujer, a sus múltiples manifestaciones de amor a él y a la vida, con expresiones del querer más rendido. Así retrata Juan Ramón a su mujer: «No pides nada a nadie. Das todo. Te acomodas a tus circunstancias y las resuelves alegremente. Ríes siempre, a veces por no llorar», le dice al dedicarle su libro *Eternidades* (1918). La dedicatoria de *Canción* (reeditada en 1935), dice: «A mi mujer/ a quien quiero y debo tanto,/ estas canciones que le gustan/ y tantas de las cuales ha anticipado y confirmado ella/ con su espíritu, su bondad y su alegría». La ve como la mujer más completa del mundo, la unida a él en la misma creación juanramoniana. No olvidemos que Zenobia le ha hecho conocer al poeta Tagore, y también a T.S. Eliot y a Yeats, grandes poetas de la lengua inglesa.

La guerra civil les hace salir de España en 1936, a un exilio que será triste y alegre. Su mayor alegría es su estancia en Puerto Rico, donde morirán los dos. Al recibir el Premio Nobel Juan Ramón, Zenobia está agonizando. Juan Ramón declara que el premio se lo merece ella. La solicitud de Zenobia aún gravemente enferma, no cambia cuando tiene que desplazarse tres veces, Zenobia, al hospital americano de Massachussets General (donde murió mi padre, Pedro Salinas, en 1951 y donde mi madre va a visitar a Zenobia, en 1951) ésta, para que no le falte nunca carta suya a Juan Ramón, le dejaba cartas escritas y numeradas por ella. Y dejaba, para él, todos los sobres escritos que él le había de mandar. La reedición de *Estío* (1951) de Juan Ramón, está dedicada «A ti Zenobia;/ después de cuarenta años/ la única razón de/ mi vida/ la única luz de mi esperanza». La mujer fuerte y alegre que es Zenobia muere cantando villancicos. Juan Ramón la sobrevivirá dos años, desolado.

Y para terminar con alegría, pedimos prestado a Zenobia un gracioso episodio de su vida. Cuenta Zenobia que, estando los dos en Puerto Rico en 1936, un grupo de niñas le pregunta a Juan Ramón si es cierto que ha muerto Platero. Se ponen muy tristes cuando Juan Ramón les confirma su muerte; y al salir, una de las niñas se detiene ante Zenobia y le dice: «Y claro, como se murió Platero, Juan Ramón se tuvo que casar con usted».

**Solita Salinas**